

Presentación

Yo he sido profesor de literatura inglesa durante veinte años en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y siempre les aconsejé a mis estudiantes: si un libro los aburre, déjenlo, no lo lean porque es famoso, no lean un libro porque es moderno, no lean un libro porque es antiguo. Si un libro es tedioso para ustedes, déjenlo. Ese libro no ha sido escrito para ustedes. La lectura debe ser una forma de la felicidad.

Jorge Luis Borges

Los diversos modos de lectura en la época actual nos conducen a repensar algunas de nuestras prácticas. La vida cotidiana ha cambiado mucho. La organización familiar, las profesiones, los oficios, las actividades recreativas, las formas en que nos informamos, la incursión de las redes sociales en la comunicación diaria, las relaciones que establecen los hijos con los padres y con las autoridades en general, el intercambio entre pares, las conexiones sociales y políticas, las discusiones públicas sobre temas, como el género —por solo nombrar algunas cuestiones—, están sometidas a una movilidad vertiginosa que exige una adaptación permanente.

No es lógico, entonces, pensar que la literatura siga fiel a sí misma (porque, además, por lo común los discursos poseen una identidad relativamente estable con el paso del tiempo y sus renovados usua-

rios); por lo que también hay que imaginar que necesitamos “transformar” las aulas y convertirlas en espacios en los que escuchar, leer, hablar y escribir fluyan de manera natural y productiva en relación con la lectura de ficción; “se desenvuelvan” y adopten su propio ritmo; comprometan nuestra visión del mundo; su ejercicio sirva para “transitar” más allá de la escuela.

La selección de los libros de literatura cuya lectura compartamos con nuestros alumnos tiene que ser por supuesto una operación que se renueve; que nos ponga en situación de búsqueda; de ensayo, error o éxito; que movilice los cuerpos y ponga atentas las mentes. Leer tiene que volver a cobrar protagonismo, porque al fin de cuentas, en nuestra cultura, todo pasa en algún momento por el texto escrito.

Saber leer es casi un imperativo. Y los textos que elijamos con los chicos necesitan ser significativos, dado que leer ficción es una suerte de brújula que orienta en el camino como personas que somos, como participantes en una realidad próxima, como seres inmersos en el universo que habitamos.

Este libro intenta acompañar a los profesores en su tarea de todos los días, acercándoles algunas ideas que proceden del conocimiento directo de la realidad escolar y de un trabajo sostenido con los adolescentes, cuya manera de sentir, pensar, imaginar, proceder tenemos en cuenta en todo momento. Porque hablamos de ellos tal como son y de los libros que leen o les gusta leer. No de lo que deberían ser o tienen que leer. Con esta obra, no apuntamos a modificar la actividad de los alumnos para que puedan aprender mejor. Queremos dirigirnos a los docentes para que intenten sentirse más satisfechos en la tarea diaria de enseñar.

En efecto, no deseamos proponerles nuevas prescripciones ni instruirlos. Nuestro objetivo es generar reflexiones que posibiliten inaugurar perspectivas diversas sobre cómo acercarnos todos a la literatura. Los adultos y los chicos.

Si nosotros renovamos nuestros lazos con la literatura, si leemos con pasión, si leer ficción es algo indispensable en nuestra vida, si

abordamos los textos sin aparatos teóricos o críticos que nos agobian, si de verdad el placer tiene para nosotros forma de biblioteca, podremos contagiar a los demás nuestras propias iniciativas.

Cuanto más a los adolescentes, que esperan encontrarse siempre con historias sorprendentes, en momentos distendidos, pero enriquecedores; que valoran la energía con la que una persona encara situaciones; que admiran la espontaneidad y las actitudes sensibles; que advierten la rapidez intuitiva y la inteligencia. Porque todo su cuerpo y su mente están preparándose para tomar las riendas y avanzar.

Ejes desarrollados en este libro

Desde estos presupuestos, las preguntas: qué hacemos cuando leemos y cómo podemos ayudar a nuestros alumnos a desarrollar nuevas estrategias que les permitan disfrutar de la lectura literaria y armar su propio plan lector son ejes que enhebran los cuatro capítulos.

El primero implica revisar algunas situaciones que, en el aula, favorecen el gusto por la lectura o que, por el contrario, atentan contra él. Para ello, hemos recorrido distintas obras literarias que presentan personajes lectores mayormente chicos y jóvenes, inquietos y voraces. Quizá podamos descubrir a través de ellos, qué hay en los libros que seduce y atrapa.

El segundo capítulo recupera la noción de canon escolar y propone abrirlo y alimentarlo a partir de observar los hábitos lectores de los adolescentes, su madurez psicofísica, sus gustos y tendencias.

El tercero propone un acercamiento a la literatura, que no es el más común: cuerpo a cuerpo, cruzando las sensibilidades, apostando a la imaginación empática, compartiendo la energía que corre entre los libros y los lectores. Concretada esta instancia, que apunta a considerar la lectura como una vivencia que tiene que ver con los sentidos y las emociones, más que como una actividad intelectual, retomamos en el cuarto capítulo la postura clásica de la lectura como resultado de las operaciones de comprender e interpretar, a sabiendas de que

el docente en el aula tiene a su cargo la enseñanza de una asignatura académica.

Al finalizar cada capítulo, figura una lista de autores y obras mencionados o aludidos, que pueden ser tomados como sugerencias (estos u otros similares), a la hora de diseñar el estante de la biblioteca que el docente podría construir junto con los chicos a lo largo de un ciclo lectivo. Los libros aparecen con su fecha de publicación original. De la mayoría hay numerosas ediciones contemporáneas.

Al terminar el libro, ofrecemos la bibliografía teórica; primero, porque los autores nos han enseñado mucho, pero sobre todo porque creemos que su consulta puede estimular nuevas apreciaciones y generar proyectos que ayuden a hacer de nuestra tarea un campo creativo y estimulante.

Leer, qué leer, querer leer, sentir la literatura, saber leer no son meros enunciados. Son cuestiones que, bien miradas, podrían constituir todo un plan de estudios.